

# La poesía salvaje y tentadora de Magdalena Camargo Lemieszek

Por: Gonzálo Menéndez G.

*Ensayo presentado en el IV Congreso Nacional de Literatura Panameña*

*Magdalena, Philopannyx ('la que ama la noche entera')*

GMG

La poesía debe deleitar, inspirar, irradiar amor o sufrimiento, impotencia, en fin, pasión. Pero, ante todo, debe ser libre por sí misma. No puede estar atada a cuerdas, a camisas, o a reglas urticantes. Por ello, referirse a la obra de Magdalena, es caminar por la esencia de los versos que nacieron del canto de los juglares, y viene rodando por caminos labrados o por despeñaderos, desde el nacimiento de los tiempos. Sin métrica ni rima determinada, escogen su ruta, manteniendo el ritmo transparente que brindan las palabras y las sensaciones, en una simbiosis de verdad y belleza.

De su libro *La Doncella Sin Manos*, el cual obtuvo un Accésit[1] del Premio Adonáis en 2015, se derivan sensaciones que rondan los jardines de la infancia. El diálogo entablado por su mano recorre los lugares comunes de la inocencia, con un dejo de nostalgia, cierta tristeza inocente, que le dan una pureza singular. Desde los primeros versos se adivina a la poetiza-niña que pretende serlo el resto de sus días, y quizás más, porque la dulzura de su canto es intrínseco a su piel, a su alma. Solo así se explica la belleza de sus historias líricas. Sólo así se puede digerir la violencia de un acto de amor o de muerte, o la llegada de la noche, Nix, la diosa griega, a través de las palabras.

*Un musgo bermejo ha cubierto la silueta del bosque.  
El romero reverdece  
y sus hojas se afilan como agujas de esmeralda.  
En la rama del sauco la noche es un mirlo  
y de su trino algo se derrama,  
desciende la gota surge la serpiente,  
de como una gota  
y luego  
que se arrastra en el temblor de su plumaje  
y sobre el corazón que late como una granada brevísima*

y madura.

(Extracto de *Aparición de Nix en el bosque*)

La Naturaleza, expresada en astros, musgos, luces, rocíos, noches y animales salvajes que son capaces de soñar ronroneando perfumes, surge en la poesía de Camargo Lemieszek, como el brote de un frijol en suelo húmedo que se arraiga circular en los rincones de los versos, para irla abordando de afuera hacia adentro, como un pulpo silente que extiende sus tentáculos y en medio de su oscuridad de tinta nocturna, apretar cada milímetro del sueño, de la vida de los personajes, hasta convertirse en el centro de ella misma.

Sigue descendiendo, hiedra transparente,  
el sereno va esmerilando sus contornos  
y justo en el momento previo a la caída  
es una perla de canto que se hace fruto,  
un péndulo de sangre  
que crece  
y se hace más dulce con la niebla.

(Extracto de *Aparición de Nix en el bosque*)

Para disfrutar, comprender, o para odiar la poesía de esta escritora, hay que olvidar el momento histórico de su creación, su mano ejecutora, su entorno, y dejarse arrastrar como un naufrago, por las carreteras polvorientas que conducen al laberinto del motivo poético. Y aun así, en esa adivinanza inútil, la belleza intrínseca es el mejor guardián de las razones que guarda la autora. Lo hemos leído, sentido, sabido en el poema *Aparición de Nix en el Bosque*, en donde la belleza de las circunstancias, oculta la dinámica de un bosque nublado, lleno de azahares e incertidumbres, pero de un concierto natural, salvaje, excelso, donde ya no importa lo que ocurra, pues el bosque con sus tesoros ha reemplazado cualquier hecho, tierno o crudo.

La tristeza con todas sus damiselas entra caminando despacio por los senderos que traza el poema *Conversación con dama que recoge setas en el bosque*. En su transitar va afinando en un lenguaje de imágenes selectas lo que será una sonata de caminos que llevará al lector al terreno de la melancolía, el desaliento, y la tribulación. Una ventana aparecerá en las palabras finales, como se espera que sean los buenos finales, una lumbre.

La tensión de la muerte, la gallardía y el polvo de una plaza de toros es el escenario para una reflexión de la autora.

Quién esparcirá cal en las paredes de esta casa.

Quién, con sus propios dedos, con sus propias manos,  
tallará el albor sobre la piedra.  
Quién será capaz de pronunciar una palabra  
y crear de su sonido la blancura.  
Quién construirá para mí el azar de sus ventanas,  
la ruptura del orden y las líneas,  
el cristal pálido y sucio ocultando las espinas de los cactus.  
Quién señalará para mí la barda plateada,  
la gente apretada contra el límite,  
casi los unos encima de los otros  
y tras el cerco, oculto,  
pero magnificado en su certeza,  
un toro cuyo pelambre ha de ser como la tierra  
tocada por primera vez con la llama del incendio,  
y sus músculos, delineados con rigor desde la noche,  
y su sudor, ¿Quién ha visto acaso la lluvia  
resbalando por el tronco de los árboles?  
y sus cuernos turbios, como un hueso triste  
que se alarga y se adelgaza hasta fundirse con el aire,  
es la punta de una flecha,  
o un llamado fraguado desde el bronce.  
No puedo verle entre la gente.  
No puedo oír sus pezuñas contra el polvo,  
pero para qué serviría una barda tan hermosa  
si no es para contener la sangre  
y la belleza.

Van saltando por los peldaños del libro, por las escaleras de los poemas, figuras salvajes que nos recuerdan a Picasso y sus toros bravos, ansiosos de lunas y sangres. El toro que es el pueblo, que es Pablo con sus ocho nombres, Pablo Picasso, Diego Picasso, José Picasso, Francisco de Paula Picasso, Juan Nepomuceno Picasso, María de los Remedios Picasso, Crispín Picasso, Crispiniano de la Santísima Trinidad Picasso. Todos apretados en una barda en *La Plaza*, con botas de vino y polvo, angustiados por la tarde y los gritos, mirando eufóricos un cielo lapislázuli, adornado con horizontes agujereados de casas blancuzcas que cuelgan contra el mar. Las imágenes de Magdalena evocan sensaciones y tiene todas las características del lenguaje poético, no requieren recetas ni consejos, hablan de creaciones divinas, con tierras que se inflaman de amarguras y deseos, o de tristezas profundas que se duermen como caracoles olvidados en algún rincón del alma. La autora con destreza, con sensibilidad cristalina, rescata de los albores de la muerte, las palabras que

señalan el camino de un amor, a través de una dualidad común, pero que en este poema, descrito en una frontera sutil entre la prosa poética, y la parábola bíblica, es determinante. Es un instante fugaz, pero eterno. Tan duradero como los segundos que preceden a los grandes accidentes. Eso es *Coordenada*. Una X, un puerto oscuro que brilla en la noche, y un marinero que lleva su vida surcando mañanas y bahías, y de pronto se arriesga en un viaje, peligroso, con un destino hecho mujer, que puede ser solo un instante, quizás, el último.

La autora viaja constantemente por los senderos de la noche, los cielos, el amor y las tristezas, y con su lluvia de imágenes escogidas con serenidad, nos invita a compartir sus silencios, sus bosques, sus insinuaciones tentadoras. En *La Barca*, los amantes se hunden en las dudas. Una mano firme asegura el caminar empleando el báculo, y la otra suave, gentil, aceptando el reto de lo desconocido, de la penumbra. Un eco siembra la duda de la distancia, del recuerdo doloroso.

Destacan en su andar poético, tres elementos básicos: una constante búsqueda, quizás existencial, la relevancia de los elementos naturales, y una tristeza intrínseca que impregna las palabras, bella melancolía que pudiera semejarse a un frío y olvidado fiordo noruego. Por ello el título de este acercamiento a la poética de Camargo Lemieszek, la salvajidad natural que muestra su belleza a través de los versos, que se repite en olas, mar, faro, bosque y niebla; y la tentación sentimental, que va desde el silencio de una separación, al enamoramiento y partida a ciegas de dos que se conocieron un segundo antes.

*Y me he aferrado con fuerza a la ventana  
y he buscado el faro,  
cuerda misteriosa en la desolación de los abismos.*

Esa melancolía a veces viaja con ropas simples, porque puede ser simple, la tristeza. Así viste Magdalena la partida.

*Llueve, y se me antoja que tu amor es como un anillo  
que resulta demasiado grande  
o demasiado pequeño entre mis dedos.*

En el lenguaje metafórico de la poetiza, porque en su caso no puede ser otro, la muerte habla con limpidez,

*Mirándome con el rostro descubierto,  
tomará de su diestra la primera costilla  
y la sembrará en mi pecho,*

*médula incorruptible e infinita.  
Luego me contará la parábola de aquella mujer  
que esperó muchos años en una torre,*

aunque al final, la misma muerte, le abra una ventana para vea el sol, la luz, la vida.

*Ella me ha dicho  
que he de volver al mundo  
y he de habitar el fuego.*

En algunos de sus poemas salidos con la angustia de un juglar que canta penas y alegrías, traza un camino de lógicos senderos, embellecidos con los colores y texturas que dan las palabras selectas. Como en una caja de juguetes, busco al azar y encuentro palabras de rebeldía encarnadas en Clara Aparicio, la musa de Rulfo.

En otros, hay tramados complicados, tejidos con mensajes ocultos que solo puede desentrañar aquel que logra armonizar con el lenguaje y espíritu de la autora. Para aquellos que por momentos no encajamos en esos recovecos, nos queda el deleite de disfrutar de los versos, como quien se escurre por el riachuelo que baja de las montañas, por un tobogán pulido por el agua fresca. Es el caso de *El espejo sin imagen*, libro con el cual obtuviese el Premio Único de Poesía Gustavo Batista Cedeño, 2012.

Sin duda, la poesía de Magdalena es un reto intelectual, un disfrute triste, que bien merece la languidez de la noche lluviosa, una lámpara amarillenta, alguna flauta de Gurdijeff gimiendo en una esquina, y una copa de vino añejo.

[1] *La Doncella Sin Manos* Ediciones Rialp, SA Madrid (2015)